# SE HA PERDIDO UNA NIÑA – JOSÉ DE LA CUADRA

## CUENTO AL ESTILO (AL MARGEN DE LOS LIBROS ROMANTICOS)

## MI PRIMO CLAUDIO

La narración que ahora reproduzco, y a la cual el autor calificó de poemática, la escribió mi primo Claudio poco antes de morir. Estaba entre sus papeles íntimos que heredé, por voluntad de nuestra tía Sagrario, junto con una caña de Malaca, veinte novelas de Felipe Trigo, un par de tiradores Presidente y varias corbatas a rojos vivos. Mi primo Claudio gustaba mucho de los vivos rojos en las corbatas, en los pañuelos y en los calcetines. También gustaba del ron aferrantes y de la cerveza helada. En sus frecuentes madrugadas bohemias, prefería trasegar vasos de leche-de-tigra; esto es, leche con puro de 21º. Claudio murió a los dieciocho años, en flor de juventud y en olor de beodez, cierta noche plenilunar de mayo. Lo mataron a tiros, en el cabaret grande de la calla Machala, tres gringos del Santa Clara, vapor que estaba al ancla en la rada, cumpliendo su escala. Los gringos habían ido a bailar al cabaret, llevando consigo una rubia muy pintarrajeada.

Entre las debilidades de mi primo, se contaban la de creerse bello como Antonio y atrayente como don Juan; así, emprendió de inmediato la conquista de la mujerzuela.

Utilizaba como armas su sonrisa, que reputaba irresistible, y su detestable inglés escolar.

Los ingles estaban tan borrachos como él, y parece que se ofendieron por los galanteos a la hembra. Hay quienes creen que mi primo, cuyo inglés era intuitivo y según mejor calculaba, se equivocó en un vocablo, que resultó injurioso como él lo pronunciaba.

Lo cierto fue que los gringos sacaron sus pistolas, y en menos de un minuto convirtieron el cuerpo de mi pariente en un harnerillo sangrante.

Al verlo así, la mujer dijo, en un castellano de erres difíciles, que ese era el tercer hombre en el mundo que moría en honor de ella.

Mi primo Claudio, tumbado de bruces sobre una mesita de caolín, ya no podía decir absolutamente nada.

Con su definitivo silencio, la poesia ecuatoriana perdió un poeta de posibles valores antológicos, y las cantinas del puerto, un cliente asiduo y constante, que demoraba el pago de las cuentas a crédito, pero que las pagaba a la larga.

## EL ANUNCIO

Hoy de mañana leí en el diario, confundido en el fárrago de avisos económicos, este reclamo breve: "Se ha perdido una niña". Y a continuación se daban las indicaciones y señas de la bebé huidiza. A lo que parece, la criatura decía ya, con su lengua enredada, torpecilla, ñoñamente musical: "papá" y "mamá", quizas alguna otra palabra más.

Es de suponer que se reía anchamente, enseñando la gracia leve de los dientecillos de raton. Acaso sabría guiñar, con anticipada malicia femenil, los negros ojitos, y mesare con ambas manos, peinándola, como una diminuta y morena Loreley, la mata ensortijada de los cabellos color castaño oscuro. Y toda esta inocente alegría de dos años ralos se agitaba dentro de una batita blanca de Holanda, sobre unos zapatitos forrados de raso crema y bajo un enorme pompón de cintas, en tono pétalo de rosa.

Habría tal morosa delectación en describir a la muñeca y tal maña ingenua en ofrecer el cebo de la recompensa a quién la hallare y volviere, que era fácilmente comprensible que solo unamadre podía así describir a su hija, o un amante a su amante.

Este aviso intranscendente, que leí hoy de mañana, todavía en el lecho, mientras se inundaba mi cuarto en la gloria del sol naciente, me ha hecho recordar una historia que ocurrió cuando era muchacho.

También se perdió una niña en la historia que voy a contar. O mejor, cantar.

## EL PRIMER ESCENARIO

Samborondón es la bien guarnida. Desde el septentrión la vigilan sus perros. Al Meridión, el río se enrevesa en curvas que la ocultan: quiere dejarla como al fondo de un caracol de agua corriente, defendida y secreta. Y la aldea sonríe, agradecida.

Antes, no ha mucho, precisamente cuando esta historia comienza, Samborondón estaba en francos y leales amores con el río. Ahora no. El Guayas riño con ella por achares y de ella se va apartando, día por día, dejándola tierra adentro, poniendo entre ambos una faja de playas limosas.

El Guaya tiene costumbres arcaicas y se parece a los antepasados. No se corrige aún y es difícil que se corrige jamás. Odia lo moderno y se engríe remembrando lo que fue.

Los abuelos al parecer colocaban una tabla, dividiendo el lecho conyugal cuando se peleaban. Algo como eso es la faja de playa samborondeña. El Guayas ha procedido igual que los antecesores.

Por detrás de Samborondón se extienden, hasta la raya del horizonte, los tembladerales, comienzan en la misma tapia trasera del cementerio, que queda al final del pueblo, y estrechan a Samborondón en un prieto abrazo.

De eso estaba celoso el río.

Fue un viejo pleito que ha durado siglos y que el Guayas perdió.

Hay que suponer que Samborondón coqueteaba con sus dos amantes, y estos no lograron avenirse.

El pueblo es pequeño, si bien hay quienes aseguran que es muy grande. Nadie lo ha medido. Allá se es supersticioso. Corre una abusión popular: cuando se mide a alguna persona, esta muere a poco. Es como si la midieran para su ataúd. Puede ser que la abusión se aplique a las poblaciones, y por eso nadie ha medido a Samborondón. Solo cabe decir que va de estero a estero y del filo de los tembladerales al filo de la playa fluvial.

La aldea es tan linda como una muchacha montubia aún no desdoncellada. Las casuchas se agrupan en torno de la iglesia y se desbandan luego a lo largo de las callejuelas que nacen en la plaza del parque.

Las mujeres son guapas, fornidas y recias: tienen ojos bonitos, boca chiquita y acorazonada, pechos altos, muslis duros y esbeltos y anchas poderosas. Con la forzosa excepción de las familiares de los señores feudales, casi todas las mujeres se dedican a coser, tallar y pulir el barro. Fabrican ollas anchurosas, torneadas cantarillas y jarrones de finas formas. Es una manufactura nativa, prestigiada de tiempo. Una suerte de oficio noble, del que se enorgullecen.

Los hombres labran el campos, ejercen la rabulería o roban ganado. Aquellos que no hacen ninguna de estas tres cosas, anudan corrillos en los portales o vagabundean por las calles yerbosas. Visten pantalones de dril, cotonas de zaraza abotonadas hasta el cuello, y sombreros ligeros de paja. Algunos portan al cinto el machete filudo y pequeñín como una daga, o un yatagán del ejército. Son grandes "jugadores de fierro". Y su consumada maestría es indiscutible. Valientes de veras, comprometen su vida por una insignificante cualquiera. Aman la pinta, las lidias de gallos y el aguardiente de caña. Les place jinetear potros indómitos y adoran la emoción de la sábana que va corriendo bajo el galopar de las bestias.

Las muchachas, en los amplios patios soleados, junto al mismo horno donde se cuece el barro, hacen rosquillas de maíz, empanadas y dulces de tipo monjil.

Venden los muchachos las obras salidas de manos de las muchachas. Arman agudos griteríos en las balsas. Ofreciendo los artículos a los pasajeros de las lanchas y vapores.

El sol calienta como en todas partes; y, cuando la luna sale, consagra la aldea de exotería. Entonces, Samborondón se propicia como escenario adecuado para un bonito cuento de amor.

# LA MUCHACHA MONTUBIA

Eras tú, Catalina, flor de esa tierra samborondeña.

Tú, jubilo de mis años niños, buen recuerdo de los días fugados, adorable salvajilla, naciste en las marcas parroquiales, hija de quién sabe quién en el vientre hospitalario de la bruja ña Maclovia, nuestra antigua servidora.

Se referían de tu origen cosas extrañas. Serías, según las gentes paisanas, engendro sacrílego de un cura párroco, que lo fue del pueblo; y juraban los vecinos que tenías una cruz en el paladar y un copón de cáliz bajo la lengua.

Por eso de tu padre eclesiástico decían que ña Maclovia se convertía cada noche en una mula briosa e iba a dar coces contra la puerta mayor de la iglesuca.

Otros decían que eras el fruto de los amores de tu madre con un mercachifle griego que andaba por los caminos reales con el hato del negocio sobre las espaldas inclinadas.

No faltaba quién te atribuyera como progenitor al cacique fallecido, a quien ahora reemplazaba sin ventaja un nuevo cacique cualquiera.

Lo único que decía ña Maclovia respecto a tus orígenes era que le lloras en la barriga, acaso ---pienso yo--- acobardaba de su anchura y de su tenebrosidad, en la que te agitarías tú, pobrecita cosa pequeña, como un chagüis en un nido de ollero.

Aquello de tu llanto de nonata, te valió fama de adivina. Dirías el futuro. Prevendrías lo que iba a ser. ¡Sibila infeliz! No conseguiste jamás adivinar cuándo mi vieja tía Sagrario estaba de mal humor, y siempre te acercaste a ella, mimosa y zalamera, precisamente en las peores oportunidades. Te tocaban más azotes que a mí en el cotidiano reparto, aún cuando ahora pienso si no harías todo lo posible para librarme a mí, tu prodigio, de parte de mi parte, tomándola para ti.

Porque eras buena de hueso y me querías de adentro, como por allá se dice, ¡oh, tú, júbilo de mis años niños, recuerdo amable de los días fugados!

## MAESTRÍA DE VIDA

He aprendido de ti tanto que puedo decir que me enseñaste a vivir.

Todas mis habilidades de muchacho se remontan hasta ti, mi humilde maestra.

Por ti sé cómo se flota sobre las aguas mansas y cómo se atraviesa a brazo luchador las vaciantes y los rápidos. Por ti sé cómo se trepa a los árboles de troncos nudos, en cuyas ramas altas cuelgan las frutas.

Por ti sé cómo se monta a pelo, sobre el lomo liso de los caballos. Por ti sé el ardid de coger sin riesgo casas de avispas y palacios de hormigas, y el ardid de escapar de los perros furiosos, y el ardid de torear las reses alzadas. Por ti sé el significado de los medrosos ruidos del monte. Por ti sé interpretar la voz de los elementos desatados, y sé que cada cosa aparentemente muda y silenciosa de la naturaleza está hablando siempre, siempre, y sufre y gozaba al igual que los animales y los hombres. Toda mi ciencia campesina viene de ti, como de una fuente. Y conozco también por ti el saber de un beso puro.

Tus labios, púberes apenas, acariciaban sin mancilla mi orfandad de un lustro, siempre llorosa y tímida, sujeta al férreo yugo de mi tía Sagrario.

## EN EL VIAJE

Cuando estuve en edad de entrar a la escuela, mi tía Sagrario quiso que nos estableciéramos en Guayaquil. La buena señora necesitaba pretextos para sus futuras cuentas de curadora. La estaba en el puerto abría camino al derroche de mi escasa herencia paterna, confiada a sus manos. Mi presunta educación iba a pagar los lujos de mi tía: sus mantas de seda, sus zapatos de charol, la batista de su ropa interior, sus misas a las ánimas y sus novenarios.

Tú y yo lloramos al separarnos del pueblo. A mi me ilusionaba un tanto la novedad del viaje. A ti, no. Te veo en mi memoria, como estabas en ese trance de la embarcada; sostenías con una mano el lío de tus corotos, y con la otra, la jaula del perico hablantín. Te corrían las lágrimas por el rostro y tus ojos estaban abotagados. Al verte así, mi tía te trató de imbécil y te halo de la oreja hasta que pidas perdón.

Durante todo el viaje no cruzamos palabra.

## EL SEGUNDO ESCENARIO. LOS PERSONAJES, LAS ESCENAS

En Guayaquil sufrimos hasta lo inconocible. Fue nuestro viacrucis y nuestro calvario. Muy tarde ha sido, para cada uno, nuestro monte Tabor.

Tía Sagrario se extremó en torturarnos. A ratos parecía como si se hubiese vuelto loca. Nos flagelaba con un largo látigo. Nos privaba de la merienda. Nos hacía rezar oraciones, hincados sobre las piedrecillas menudas. Impedía que nos acostáramos en la cama, obligándonos a permanecer sentados, vencidos de hambre y sueño. Nos mantenía de pie durante largas horas, meciendo su hamaca, mientras ella desgranaba el rosario o leía novelones.

Su cólera subía de punto cuando no venía al señor Fernández

Este señor Fernández se había hecho amigo de mi tía a nuestra llegada a Guayaquil y la visitaba con frecuencia.

Después he comprendido que era su amante y que la explotaba.

El señor Fernández era un cuarentón regordete y bajo de estatura, con bigotes a lo káiser Guillermo II. Hablaba con voz aflautada y olía a suciedad y a agua de Florida.

A mí me odiaba descaradamente, me llamaba "animalejo estúpido" y me propinaba coscorrones. Sin duda veía en mí un obstáculo para su futuro reposado, al lado de mi tía, disfrutando los dinerillos de mi padre. Estoy convencido de su deseo de que me aplastara un automóvil o me apestara la bubónica.

En cambio, a ti, Catalina, el señor Fernández te devoraba con los ojos.

Por distintos caminos, la conducta del señor Fernández nos irrogaba daño.

Por solidarizarse con él, Tía Sagrario arreciaba su odio contra mí. Presintiendo en ti una rival de sus amores, tía Sagrario te odiaba más. Presintiendo en ti una rival de sus amores, tía Sagrario te odiaba más. Y nuestros cuerpecillos pagaban las consecuencias.

Tía Sagrario se indignaba contra tus senos erectos de virgen que inocentemente anunciaban su pezón bajo la blusa, temblorosos y frágiles.

--- Esta mujer anda provocando a los hombres con esas dos tetas puntonas, ¡so inocente! ---decía.

Y te hacía fajar el busto como a un mamoncillo.

Luego luchó contra tus caderas, saltarinas y redondas, que se sacudían cuando andabas con ese paso tuyo ligero, de animalillo joven. Cosió para ti holgados trajes de sempiterno azul, semejantes a esas batas que usaban para el baño las mujeres del pasado siglo. Pero era inútil empeño tratar de esconder la alegría de tus encantos recientes, la gloria de tus gracias de crepúsculo matutino. Saltaban por ahí, por donde se esperaba menos: ora era un rizo caedizo, ora tu mirar adormilado, ora una risa o un ademán.

Hay que compadecer un poco a la tía Sagrario. Debe haber sufrido mucho al no poder vencerte.

## LA ESCENA MÁXIMA

Lo terrible ocurrió la vez que tía Sagrario sorprendió al señor Fernández abrazándote en una esquina del salón, mientras tú forcejeabas por desasirte.

No se enojó con él. En cambio, desfogó sus iras contigo.

--- ¡Corrompida! ¡Ah, eres una corrompida! ¡Y una ingrata! ¿Es que no me agradeces el bien que te he hecho al recogerte para que no fueses una perdularia cualquiera? ¡Ah, cuánta maldad, Dios mío; cuánta maldad!

Si entonces yo hubiera sido capaz de comprender, habría sentido lástima del furioso dlo de aquella vieja celosa. Pero todavía mis ojos no habían mirada para la honda sima donde se debaten las pasiones humanas, y comprendí. Rodaste a golpes, por el suelo. Tumbada de espaldas, parecías una pequeña muertecita, y lloré, creyéndote perdida para siempre.

Tia Sagrario se recluyo en su alcoba.

Al poco rato, oí que ella también lloraba, con unos profundos sollozos que la ahogaban.

## LA DESPEDIDA

Seguramente en esa ocasión fue cuándo resolviste escaparte.

Cierta noche ---alta noche sería--- me desperté, sintiéndote próxima a mi. Te habías sentado al borde de mi cuna y me besabas.

--- ¿Me extrañarías, Claudio, si me fuese? ---inquiriste.

Pero no dejaste que respondiera.

En seguida hablaste de nuestro pueblo. Trajiste a la memoria todas las cosas bonitas que vimos juntos. Y terminaste por repetir alguna de esas historias montubias que me contabas allá, al anochecer, en la cocina de nuestra casa samborondeña, mientras lavabas los trastos y yo me mecía en la hamaquita de jerga, que colgaba en la puerta de la azotea. Creo que esa noche me narraste la historia de la india encantada. Esta india, que entre los suyos fue princesa, mora en una cueva en la cumbre del cerro grande de

Samborondón. En los plenilunios sale a bañarse, desnuda, con rayos del astro, que recoge en un mate de oro. Escuchando esa historia me dormí.

## LA FUGA. LA MUERTE.

Y al día siguiente ya no estabas en la casa. Se te buscó por todas partes, pero no se logró dar con tu paradero. No he vuelto a verte más.

Sin embargo, conozco tu breve novela. Primero, un cuartucho de hotel, un zaquizamí de arrabal; al cabo, el prostíbulo. Primero, un hombre; luego, muchos hombres, todos los hombres. Después del prostíbulo, el hospital; y más tarde, la morgue y la tumba.

Uno que sin duda te amaba hurtó tu cuerpecillo a la fosa común. Compró una sepultura para tu cadáver, en la colina del Carmen, y además una cruz de madera con tu nombre.

Alguna ocasión, borracho, he pasado por frente al cementerio de los pobres y se me ha ocurrido ir a tu tumba a visitarte.

Mis amigos lo han impedido. Estando sin alcohol, no he ido jamás. Ignoro por qué.

Mas estoy seguro de que abrigo por ti, o mejor dicho, por tu recuerdo, un sentimiento que tiene poco de compasivo y que se parece mucho al que aquel desconocido a quienes debes los seis metros de profundidad que te ocultan para siempre.

## EL GESTO DEL MUCHACHO

Es para reírse. Me río yo mismo. Pero yo era así de muchacho.

Hay que considerar que me críe en la orfandad, que no tuve mimos y que nadie me engrió. Me agarraba a cualquier emoción desesperadamente. Y era sentimental y romántico sin saberlo.

La vecina pulpera perdió una vez su gato, y puso un aviso en la puerta de su tienda:

"Se ha perdido un gato romano, con un ojo amarillo y el otro verde. Se llama Juan. Le regalaré cuatro reales a quién lo traiga".

Yo imité a la vecina

Recatando de los ojos de mi tia, pequé un papelito en un rincón del zaguán. Decía allí que te habías perdido, daba tu nombre y te describía a mi modo. Ofrecía a quién te volviera mi mejor juguete: una caja de soldados pomeranianos, regalo de mi padrino.

Pero nadie te tornó a mí.

Los pomeranianos, encerrados en su cuartel de cartón, perdieron sus colores metálicos y se enmohecieron.

El papelito amarilleció y acabó por caerse.

Una tarde se iría, barrido a escoba, en el carretón de la basura. Y nada más.

## EL RECLAMO

Sin duda no daba bien tus señales cuando no te volvieron a mí.

No sería por lo horro de la recompensa. Estoy seguro de que el hombre es bueno. Cualquiera que hubiera leído el reclamo te habría traído a mi lado. Sí; el hombre es bueno.

Ahora podría describirte mejor.

Diría:

--- Se ha perdido una niña. Es flor de la tierra samborondeña. Su carne es del mismo color del barro cocido, del barro con que las hembras paisanas fabrican las ollas anchurosas, las toneladas cantarillas y los jarros de finas formas. Su pelo es renegrido y zambo; pero, en cambio, su boca es chiquita y acorazonada. Sus senos son altos; sus muslos, duros y esbeltos; y sus ancas, poderosas. Su risa semeja el relicho de una yegua de vientre, suelta en la sabana. Su llanto parece el arrullar de las pintadas colemas en los porotillos orilleros. Ama los caramelos de limón y el silencio; más, de estar alegre, charla como un periquito hablantín. Mira siempre tímidamente, como un chagüis apresado. Cuando anda, todo su cuerpo salta en un zamgoloteo inocentemente lascivo: brincan sus senos, cimbran sus caderas, su carne tiembla y se estremece. Toda ella es un maravillo juego de complicado resortaje. Solo los potros indómitos, corriendo por las pampas, pueden comparársele.

## INVOCACIÓN FINAL

--- ¿La has visto tú, mujer de la calle? ¿La has visto tú, hombre de la calle?